

Línea barroquizante

Eugenio Gerardo Lobo

DEFINE UN AMANTE SU AMOR Y DECLARA SU CUIDADO

Arder en viva llama, helarme luego,
mezclar fúnebre queja y dulce canto,
equivocar la gloria con el llanto,
no saber distinguir nieve ni fuego;

confianza y temor, ansia y sosiego,
aliento del espíritu y quebranto,
efecto natural, fuerza de encanto,
ver que estoy viendo y contemplarme ciego;

la razón libre, preso el albedrío,
querer y no querer a cualquier hora,
poquísimo valor y mucho brío,

contrariedad que el alma sabe e ignora,
es, Marsia soberana, el amor mío.
¿Preguntáis quién lo causa? Vos, señora.

Torres Villarroel

CIENCIA DE LOS CORTESANOS DE ESTE SIGLO

Bañarse con harina la melena,
ir enseñando a todos la camisa,
espada que no asuste y que dé risa,
su anillo, su reloj y su cadena;

hablar a todos con la faz serena,
besar los pies a mi sa doña Luisa,
y asistir como cosa muy precisa
al pésame, al placer y enhorabuena;

estar enamorado de sí mismo,
mascullar una arieta en italiano
y bailar en francés tuerto o derecho;

con esto, y olvidar el catecismo,
cátate hecho y derecho cortesano,
mas llevarate el diablo dicho y hecho.

CUENTA LOS PASOS DE LA VIDA

De asquerosa materia fui formado,
en grillos de una culpa concebido,
condenado a morir sin ser nacido,
pues estoy no nacido y ya enterrado.

De la estrechez obscura libertado,
salgo informe terrón no conocido,
pues sólo de que aliento es un gemido
melancólico informe de mi estado.

Los ojos abro, y miro lo primero
que es la esfera, también cárcel obscura;
sé que se ha de llegar el fin postrero.

Pues ¿adónde me guía mi locura,
si del ser al morir soy prisionero,
en el vientre, en el mundo y sepultura?

Conde de Torrepalma

LAS RUINAS

[...] Cansado de llorar, levanta apenas
la macilenta cara, y el cercano
boreal horizonte apenas mira,
que, de negras agujas coronado,
al cielo torres, majestad al suelo
de la antigua Toledo ofrece grave,
cuando a la desolada fantasía
da lamentable especie el cruel destrozo
del alto alcázar y la gran ruina
mirando, así entre lágrimas prorrumpe [...]

Renovación poética: sensibilidad rococó

Cadalso

REFIERE EL AUTOR LOS MOTIVOS QUE TUVO PARA APLICARSE A LA POESÍA Y LA CALIDAD DE LOS ASUNTOS QUE TRATARÁ EN SUS VERSOS

[...] Entonces, por remedio en mi tristeza,
de Ovidio y Garcilaso la terneza
leí mil veces, y otros tantos gozos
templaron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato,
que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
sentado al pie de un álamo frondoso
en la orilla feliz del Ebro undoso,
¡cuántas horas pasé con los sentidos
en tan sabrosos metros embebidos!
¡Ay, cómo conocí que en su lectura
derramaban los cielos más dulzura
que en el divino néctar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelo convertía,
y mis males yo mismo celebraba
por la delicia que en su cura hallaba. [...]

Jovellanos

CARTA DE JOVINO A SUS AMIGOS SALMANTINOS

A vosotros, oh ingenios peregrinos,
que allá, del Tormes en la verde orilla,
destinados de Apolo, honráis la cuna
de las hispanas musas renacientes;
a tí, oh dulce Batilo, y a vosotros,
sabio Delio y Liseno, digna gloria
y ornamento del pueblo salmantino;
desde la playa del ecuóreo Betis
Jovino el gijonense os apetece
muy colmada salud; aquel Jovino
cuyo nombre, hasta ahora retirado
de la común noticia, ya resuena
por las altas esferas, difundido
en himnos de alabanza bien sonantes,
merced de vuestros cánticos divinos
y vuestra lira al sonoro acento. [...]
¡Ah, mis dulces amigos, cuán ilusos,
cuánto de nuestra fama descuidados
vivimos! ¡Ay, en cuán profundo sueño
yacemos sepultados, mientras corre
por sobre nuestras vidas, aguijada
del tiempo volador, la edad ligera! [...]

Meléndez Valdés

LA FLOR DEL ZURGUÉN

Parad, airecillos,
y el ala encoged,
que en plácido sueño
reposa mi bien.
Parad y de rosas
tejedme un dosel,
do del sol se guarde
la flor del Zurguén.

Parad, airecillos,
parad, y veréis
a aquella que ciego
de amor os canté,
a aquella que aflige
mi pecho crüel,
la gloria del Tormes,
la flor del Zurguén.

Sus ojos luceros,
su boca un clavel,
rosa las mejillas;
y atónitos ved
do artero Amor sabe
mil almas prender,
si al viento las tiene
la flor del Zurguén.

Volad a los valles;
veloces traed
la esencia más pura
que sus flores den.
Veréis, cefirillos,
con cuánto placer
respira su aroma
la flor del Zurguén.

Soplad ese velo,
sopladlo, y veré
cuál late y se agita
su seno con él,
el seno turgente
do tanta esquivez
abriga en mi daño
la flor del Zurguén.

¡Ay cándido seno!
¡quién sola una vez
dolido te hallase

de su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
mi súplica es!,
que es cruda cual bella
la flor del Zurguén.

La ruego, y mis ansias
altiva no cree;
suspiro, y desdeña
mi voz atender.
Decidme, airecillos,
decidme: ¿qué haré,
para que me escuche
la flor del Zurguén?

Vosotros felices
con vuelo cortés
llegad y besadle
por mí el albo pie.
Llegad y al oído
decidle mi fe;
quizá os oiga afable
la flor del Zurguén.

Con blando susurro
llegad sin temer,
pues leda reposa,
su altivo desdén.
Llegad y piadosos,
de un triste os doled,
así os dé su seno
la flor del Zurguén.

Quintana

A DON NICASIO CIENFUEGOS, CONVIDÁNDOLE A GOZAR DEL CAMPO

[...] Lejos, empero, de la frente mía
tan lúgubre pensar. Adiós, cipreses,
Pomona, adiós: los álamos del bosque
ya con su dulce amenidad me llaman.
Salve, repuesto valle; el sol ardiente
me hirió al venir, y fatigado el pecho
late anhelante, y con dolor respira.
Acógeme en tu seno; que tu yerba
verde, abundosa, a mis cansados miembros
sirva de alfombra; que el murmullo blando
del grato arroyo en agradable sueño
me envuelva y me regale, y que sacuda
Favonio en tanto el delicioso néctar

de su frescura, y mi sudor enjague.
¡Ah!, que ni aquí del velador cuidado
el tósigo alcanzó, ni las espinas
del miedo agitador su punta emplean.
Todo es sosiego: al despertar, las aves
con su armónico acento en mis oídos
los ecos llevan del placer; las auras,
árboles, cielo y arroyuelo y prado,
todo me halaga y a mi vista ríe,
mientras la fuente retirada y pura
me ofrece el cáliz de sus ondas frías
a mitigar mi sed; y yo, embebido
con himnos mil, en mi delirio ciego
a sus graciosas Náyades imploro. [...]
¿Y tú tardas, Nicasio? ¿Y con tan puros,
tan mágicos placeres te convida
el campo, y tú le esquivas? Corre, vuela,
antes que el año en su incansable curso
lleve al verano y al verdor consigo.
Cuidadoso el jardín te guarda flores;
ven a gozarlas: si se agosta alguna,
yo con los ojos del dolor la sigo,
y pienso en ti, que su esperanza engañas.
Huye con pie veloz esos lugares,
digna morada de los tigres fieros
que los habitan, do respiran sólo
el negro horror que en sus entrañas ceban;
de donde huyó el sosiego, huyó por siempre
la dulce confianza; el pensamiento,
de la opresión sacrílega amagado,
no se atreve a romper el claustro oscuro
en que le hundió el temor; y las palabras,
cuando son de virtud, sordas, temblando,
doquier hallar con la maldad recelan. [...]

Cadalso

AL PINTOR QUE ME HA DE RETRATAR

Discípulo de Apeles,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro,
no me pongas ceñudo,
con iracundos ojos,
en la diestra el estoque
de Toledo famoso,
y en la siniestra el freno
de algún bélico monstruo,
ardiente como el rayo,
ligero como el soplo;
ni en el pecho la insignia
que en los siglos gloriosos
alentaba a los nuestros,
aterraba a los moros;
ni cubras este cuerpo
con militar adorno,
metal de nuestras Indias,
color azul y rojo;
ni tampoco me pongas,
con vanidad de docto,
entre libros y planos,
entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
para los nobles locos
que honores solicitan
en los siglos remotos;
a mí, que sólo aspiro
a vivir con reposo
de nuestra frágil vida
estos instantes cortos,
la quietud de mi pecho
representa en mi rostro,
la alegría en la frente,
en mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
con tomillo oloroso,
con amoroso mirto,
con pámpano beodo;
el cabello esparcido,
cubriéndome los hombros,
y descubierto al aire
el pecho bondadoso;
en esta diestra un vaso
muy grande, y lleno todo

de jerezano néctar
o de manchego mosto;
en la siniestra un tirso,
que es bacanal adorno,
y en postura de baile
el cuerpo chico y gordo;
o bien junto a mi Filis,
con semblante amoroso,
y en cadenas floridas
prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
de este sencillo modo,
y no de otra manera,
si tu pincel hermoso
empleas, por capricho,
en este feo rostro.

José Iglesias de la Casa

ANACREÓNTICA
Debajo de aquel árbol
de ramas bulliciosas,
donde las auras suenan,
donde el favonio sopla,
donde sabrosos trinos
el ruiseñor entona,
y entre guijuelas ríe
la fuente sonora;
la mesa, oh Nise, ponme
sobre las frescas rosas,
y de sabroso vino
llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
brindando en sed beoda,
sin penas, sin cuidados,
sin sustos, sin congojas;
y deja que en la corte
los grandes en buen hora,
de adulación servidos,
con mil cuidados coman.

Meléndez Valdés

A DORILA
¡Cómo se van las horas,
y tras ellas los días
y los floridos años
de nuestra dulce vida!

La vejez luego viene,
del amor enemiga,
y entre fúnebres sombras
la muerte se avecina
con pálidos temblores
aguándonos las dichas,
que escuálida y temblando,
fea, informe, amarilla,
nos aterra, y apaga
nuestros fuegos y dichas.
El cuerpo se entorpece,
los ayes nos fatigan,
nos huyen los placeres
y deja la alegría.
Si esto, pues, nos aguarda,
¿para qué, mi Dorila,
son los floridos años
de nuestra frágil vida?
Para juegos y bailes
y cantares y risas
nos los dieron los cielos,
las Gracias los destinan.
Ven ¡ay! ¿qué te detiene?
Ven, ven, paloma mía,
debajo de estas parras
do leve el viento aspira;
y entre brindis suaves
y mimosas delicias
de la niñez gocemos,
pues vuela tan aprisa.

Poesía neoclásica y prerromántica

Nicolás Fernández de Moratín

SABER SIN ESTUDIAR

(epigrama)

Admirose un portugués
de ver que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
supiesen hablar francés.
“Arte diabólica es”,
dijo torciendo el mostacho,
“que para hablar en gabacho,
un fidalgo en Portugal
llega a viejo y lo habla mal,
y aquí lo parla un muchacho”.

ARTE DE LAS PUTAS

(fragmento-475 vv.)

Hermosa Venus que el amor presides,
y sus deleites y contentos mides,
dando a tus hijos con abiertas manos
en este mundo bienes soberanos:
pues ves lo justo de mi noble intento,
dele a mi canto tu favor aliento,
para que sepa el orbe de cuál arte
las gentes deberán solicitarte,
cuando entiendan que enseña la voz mía
tan gran ciencia como es la putería.
Y tú, Dorisa, que a mi amor constante
te dignaste escuchar, tal vez amante,
atiende ahora en versos atrevidos
cómo instruyo a los jóvenes perdidos,
y escucha las lecciones muy galanas
que doy a las famosas cortesanas. [...]
¡Castidad!, gran virtud que el cielo adora,
virtud de toda especie destructora,
y si los brutos y aves la observaran
comiéramos de viernes todo el año:
pero, ¿por qué abrazar el Himeneo?
Muchos en los demás escarmentados
le aborrecen tenaces, pues templados
no son los hombres, ni templarse pueden
si no quebrantan la naturaleza
con muy duro y con áspero castigo,
que es inhumanidad si no fiereza,
de la ley natural dogma enemigo,

y no puede haber hombre si es humano
que lo deje de ser. Con modos feos
y horrendos, sacia el uno con vil mano
el brutal apetito a sus deseos;
no es falso por no público este crimen,
ningunos, aunque callan, de él se eximen.
Otro incauto en nocturna complacencia
sin que al sueño hacer pueda resistencia
despierta humedecido, la blancura
de la ropa interior contaminada,
sin propio vaso, en fin, desperdiciada
la sustancia vital capaz de vida:
y no siendo posible que se impida
lo que naturaleza a voces clama
ya justa o injustamente, inevitable
es de amor apagar la ardiente llama. [...]"

Jovellanos

SÁTIRA PRIMERA "A ARNESTO" (fragmento)

[...]¡Oh infamia! ¡Oh siglo! ¡Oh corrupción! Matronas
castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
en Lais os volvió? [...]
El astuto amador ya en asechanza
te atisba y sigue con lascivos ojos;
la adulación y la caricia el lazo
te van a armar, do caerás incauta,
en él tu oprobrio y perdición hallando.
¡Ay, cuánto, cuánto de amargura y lloro
te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
del nunca exhausto Potosí nos bastan
a saciar el hidrópico deseo,
la ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
lo que antes un estado, y se consume
en un festín la dote de una infanta.
Todo lo tragan; la riqueza unida
va a la indigencia; pide y pordiosea
el noble, engaña, empeña, malbarata,
quiebra y perece, y el logrero goza
los pingües patrimonios, premio un día
del generoso afán de altos abuelos.
¡Oh ultraje! ¡Oh mengua! Todo se trafica:
parentesco, amistad, favor, influjo,

y hasta el honor, depósito sagrado,
o se vende o se compra. [...]

Samaniego

EL PARTO DE LOS MONTES

Con varios ademanes horrorosos
los montes de parir dieron señales:
consintieron los hombres temerosos
ver nacer los abortos más fatales.
Después que con bramidos espantosos
infundieron pavor a los mortales,
estos montes, que al mundo estremecieron,
un ratoncillo fue lo que parieron.

*Hay autores que en voces misteriosas,
estilo fanfarrón y campanudo
nos anuncian ideas portentosas;
pero suele a menudo
ser el gran parto de su pensamiento,
después de tanto ruido, sólo viento.*

Tomás de Iriarte

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
seguido de perros,
no diré corría,
volaba un conejo.
De su madriguera
salió un compañero
y le dijo: «Tente,
amigo, ¿qué es esto?».
«¿Qué ha de ser?», responde;
«sin aliento llego...;
dos pícaros galgos
me vienen siguiendo».
«Sí», replica el otro,
«por allí los veo,
pero no son galgos».
«¿Pues qué son?». «Podencos».
«¿Qué?, ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos;
bien vistos los tengo».

«Son podencos, vaya,
que no entiendes de eso».

«Son galgos, te digo».

«Digo que podencos».

En esta disputa
llegando los perros,
pillan descuidados
a mis dos conejos.

*Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
llévense este ejemplo.*

EL RICOTE ERUDITO

Hubo un rico en Madrid (y aun dicen que era
más necio que rico),
cuya casa magnífica adornaban
muebles exquisitos.

«¡Lástima que en vivienda tan preciosa»,
le dijo un amigo,
«falte una librería!, bello adorno,
útil y preciso».

«Cierto», responde el otro. «¡Que esa idea
no me haya ocurrido!...

A tiempo estamos. El salón del Norte
a este fin destino.

Que venga el ebanista, y haga estantes
capaces, pulidos,
a toda costa. Luego trataremos
de comprar los libros.

Ya tenemos estantes. Pues, ahora»,
el buen hombre dijo,

«¡echarme yo a buscar doce mil tomos!
¡No es mal ejercicio!

Perderé la chaveta, saldrán caros,
y es obra de un siglo...

Pero ¿no era mejor ponerlos todos
de cartón fingidos?

Ya se ve: ¿por qué no? Para estos casos
tengo yo un pintorcillo
que escriba buenos rótulos e imite
pasta y pergamino.

¡Manos a la labor!». Libros curiosos
modernos y antiguos

mandó pintar, y a más de los impresos,
varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto
sus tomos postizos,

que aprendiendo los rótulos de muchos,
se creyó erudito.

*Pues ¿qué más quieren los que sólo estudian
títulos de libros,
si con fingirlos de cartón pintado
les sirven lo mismo?*

José Iglesias de la Casa

EPIGRAMAS

Sin crédito en su ejercicio
se llegó un médico a ver,
y él por ganar de comer
ya se ocupa en nuevo oficio.
Mas tan poco se desvía
de la afición del primero,
que hoy hace sepulturero
el que antes médico hacía.

Preguntó a su esposo Inés:
«¿Qué cosa es la que tropieza
un marido con los pies,
llevándola en la cabeza?» .
Puesto el pobre a discurrir,
respondió que no acertaba;
y ella, echándose a reír,
con dos dedos le apuntaba.

Tocando ayer Luisa un pito,
«¿qué avisas, di?», la pregunto.
Y dijo un su pajecito:
«Es que está un pájaro a punto
de caer en el garlito».
Ella lo fue a desplumar,
que era un pichón delicado,
criado en buen palomar.
Y apenas lo hubo pelado,
volvió su pito a tocar.

Meléndez Valdés

EL FILÓSOFO EN EL CAMPO

[...] Miro y contemplo los trabajos duros
del triste labrador, su suerte esquiva,
su miseria, sus lástimas, y aprendo

entre los infelices a ser hombre.
¡Ay Fabio, Fabio!, en las doradas salas,
entre el brocado y colgaduras ricas,
el pie hollando entallados pavimentos,
¡qué mal al pobre el cortesano juzga!
¡Qué mal en torno la opulenta mesa,
cubierta de mortíferos manjares,
cebo a la gula y la lascivia ardiente,
del infeliz se escuchan los clamores!
Él carece de pan; cércale hambriento
el largo enjambre de sus tristes hijos,
escuálidos, sumidos en miseria;
y acaso acaba su doliente esposa
de dar ¡ay! a la patria otro infelice,
víctima ya de entonces destinada
a la indigencia y del oprobio siervo;
y allá en la corte, en lujo escandaloso
nadando en tanto, el sibarita ríe
entre perfumes y festivos brindis,
y con su risa a su desdicha insulta. [...]

Alberto Lista

EL TRIUNFO DE LA TOLERANCIA (masónico)

¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice día,
en que estreche el humano
con el humano la amorosa diestra?
¿cuándo será el momento que destierre
a la olvidada historia
el grito funeral de guerra y gloria? [...]
¡Oh tantas veces tanto suspirada
de las almas sensibles,
y apenas a sus votos concedida!
ven; contigo la paz, la tolerancia,
y la amistad hermosa
embellezcan la tierra ya dichosa. [...]
Mas ¡ay!, ¿qué grito por la esfera umbría
desde la helada orilla
del caledonio golfo se desprende?:
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;
y vuela al mediodía
y al piélago feliz do nace el día. [...]
Ese lumbroso Oriente, ese divino
raudal inextinguible
de saber, de bondad y de clemencia,
fue trono de feroces magistrados,
cuya justicia impía
vengar de Dios la injuria presumía. [...]
Hijos gloriosos de la paz, el día
del bien ha amanecido;

cantad el himno de amistad, que presto
lo cantará gozoso y reverente
el tártaro inhumano
y el isleño del último océano.

Cadalso

A LA PRIMAVERA DESPUÉS DE LA MUERTE DE FILIS

No basta que en su cueva se encadene
el uno y otro proceloso viento,
ni que Neptuno mande a su elemento
con el tridente azul que se serene;

ni que Amaltea el fértil campo llene
de fruta y flor, ni que con nuevo aliento
al eco den las aves dulce acento,
ni que el arroyo desatado suene.

En vano anuncias, verde primavera,
tu vuelta de los hombres deseada,
triunfante del invierno triste y frío.

Muerta Filis, el orbe nada espera,
sino niebla espantosa, noche helada,
sombras y susto como el pecho mío.

Meléndez Valdés

ELEGÍA MORAL

A JOVINO, EL MELANCÓLICO

[...] Doquiera vuelvo los nublados ojos,
nada miro, nada hallo que me cause
sino agudo dolor o tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
parece que a mi vista en luto triste
se envuelve umbría y que, sus leyes rotas,
todo se precipita al caos antiguo.
Sí, amigo, sí: mi espíritu insensible,
del vivaz gozo a la impresión süave,
todo lo anubla en su tristeza oscura,
materia en todo a más dolor hallando
y a este fastidio universal que encuentra
en todo el corazón perenne causa. [...]
Yo empero huyendo de él, sin cesar llamo
la negra noche, y a sus brillos cierro
mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega,
tanto anhelada: a lloro más ardiente,
a más gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño; de mí huye
despavorido; y en vigilia odiosa

me ve desfallecer un nuevo día,
por él clamando detestar la noche. [...]
Todo, todo me deja y abandona.
La muerte imploro, y a mi voz la muerte
cierra dura el oído; la paz llamo,
la suspirada paz que ponga al menos
alguna leve tregua a las fatigas
en que el llagado corazón guerrea;
con fervorosa voz en ruego humilde
alzo al cielo las manos: sordo se hace
el cielo a mi clamor; la paz que busco
es guerra y turbación al pecho mío. [...]
En él su hórrido trono alzó la oscura
melancolía, y su mansión hicieran
las penas veladoras, los gemidos,
la agonía, el pesar, la queja amarga,
y cuanto monstruo en su delirio infausto
la azorada razón abortar puede.
¡Ayl, ¡si me vieses elevado y triste,
inundando mis lágrimas el suelo,
en él los ojos, como fría estatua
inmóvil y en mis penas embargado,
de abandono y dolor imagen muda!
¡Ayl, ¡si me vieses ¡ay! en las tinieblas
con fugaz planta discurrir perdido,
bañado en sudor frío, de mí propio
huyendo, y de fantasmas mil cercado! [...]

Conde de Noroña

Descripción de una muchacha (Fragmento del *Moallakah* de Amralkeis) — Poesía árabe

Delicada muchacha, refulgente,
de cuerpo enhiesto, pecho relevado,
como líquida plata rebruñido.

Se aparta y vuelve su apacible rostro
mirando tiernamente, como suele
la recelosa madre del cervato.

Su cuello ornado en torno de collares
al de la hermosa gacela se parece
cuando ufana pompea por el prado.

Sus cabellos, adorno de sus hombros,
son negros, son negrísimos y espesos
cual los densos racimos de la palma.

Su cintura un cordón en lo delgado,

su pierna como ramo de palmera
regado de continuo por el agua.

Esclarece las sombras de la noche
cual la sagrada lámpara esplendente
de oculto vigilante solitario.

Su faz, como perla rojiblanca
alimentada en aguas cristalinas
no turbadas jamás de viajeros.

La gota de agua — Poesía persa (Fábula por Sadi)

Bajaba de las nubes desprendida
una gota a la mar. Estremecida,
¡cuánta agua! -exclama-. ¡Qué extensión! Soy nada
con esta enorme masa comparada.
En tanto que ella con rubor se encoge
una concha en su seno la recoge,
la abriga, la alimenta de tal suerte
que en una hermosa perla se convierte,
y ora brilla en la frente de un rey puesta.
¡Tal premio consiguió por ser modesta!

Francisco Sánchez Barbero

A LA NUEVA CONSTITUCIÓN
¿Quién es bastante a reprimir el llanto,
y quién a contener en su hondo pecho
el oprobio y despecho,
si contempla al furioso despotismo
que, cercado de ruinas y de espanto,
y de muertes y horror no satisfecho,
por tantos siglos humillarnos pudo?
Con semblante sañudo
por el hispano imperio
el sangriento pendón al aire dando,
error y esclavitud le acompañaban;
error y esclavitud nos perseguían,
procaces dominaban,
y en densa ceguedad nos envolvían. [...]
¡Hijos de España, juventud dichosa!,
si en aqueste liceo
el grito retumbó del despotismo,
en aqueste, con fuerza victoriosa
derrocado su altar, el patriotismo
levanta su magnífico trofeo;

el fanático error vencido cede
y la sin par Constitución sucede.
“Constitución” resuena
doquiera ya, “Constitución” inflama
los españoles pechos,
y contra el crimen espantosa suena.
Ven, ven, ¡oh juventud! Ella te llama
tus sagrados derechos
a revelarte fiel. ¡Cómo desdeña
al déspota y tirano! [...]

Cienfuegos

LA ESCUELA DEL SEPULCRO

Mas ¡ay! ¿cuál son tan a deshora turba
la silenciosa paz de las tinieblas?
¿Y cesa, y vuelve a resonar, y para,
y resuena otra vez? Lloras, sí, lloras
tu amarga soledad, oh triste amiga,
gime, lamenta sin cesar; tu pecho
se parta de dolor, y al labio envíe
el ay de la amistad desesperada.
El bronco son que tus oídos hiere
es la trompeta de la muerte, el doble
de la campana que terrible dice:
“Fue, fue tu amiga” [...]
ahora mismo a su cadáver yerto,
en estrecho ataúd aprisionado,
alumbrarán con dolorosa llama
tristes antorchas del color que ostentan
las mustias hojas que al morir otoño
del árbol paternal ya se despiden.
Ahora mismo yacerá en la cima
de la tumba infeliz, hollando lutos
negros, más negros que nublada noche
en las hondas cavernas de los Alpes. [...]
Tirano el tiempo insultará tu tumba,
con diente agudo roerá sus letras,
borrará la inscripción, y nada, nada
serás por fin: ¡oh muerte impía!
¡oh sepulcro voraz!, en ti los seres
desechos caen; en ti generaciones
sobre generaciones se amontonan,
en ti la vida sin cesar se estrella,
y de tu abismo en la espantosa margen
el tiempo destructor está sañudo
arrojando los siglos despeñados.
¿Qué son ahora los primeros días,
la edad primera de la tierra? ¿en dónde
los que fueron después hoy hallaremos?

¿Sesostris dónde está?, ¿dónde el gran Ciro?
¿Babilonia y Semíramis? Pasaron
cortando el tiempo, cual veloz saeta
que el aire hiende sin que rastro alguno
deje de pasar. ¿Qué son ahora
los Césares, los Jerjes, los Tímures
y los héroes famosos de la Grecia?
Voces y nada más. ¿Y qué es el siglo
que acaba de expirar? ¿Y qué es el día
de ayer, el de hoy en lo que va corrido?
Muerte en verdad; que cuanta vida el tiempo
nos ha llevado en el sepulcro yace. [...]

Quintana

A ESPAÑA, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
único asilo y sacrosanto escudo
al ímpetu sañudo
del fiero Atila que a occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
ved del Tercer Fernando alzarse airada
la augusta sombra; su divina frente
mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
blandir el Cid su centellante espada [...]
Despertad, raza de héroes: el momento
llegó ya de arrojar a la victoria;
que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
el altar de la Patria alzado en vano
por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte
que consentir jamás ningún tirano!*
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
yo lo juro también, y en este instante
ya me siento mayor. Dadme una lanza,
ceñidme el casco fiero y refulgente;
volemos al combate, a la venganza;
y el que niegue su pecho a la esperanza
hunda en el polvo la cobarde frente. [...]

Blanco-White

UNA TORMENTA NOCTURNA EN ALTA MAR

[...] ¡Oh Dios, y qué soy yo! Punto invisible
entre tanta grandeza:
aquí sentado sobre un mar terrible,
tiemblo al ver su fiereza. [...]
¡Oh, cómo gime el viento!
Con lúgubre concierto agudas voces
parecen lamentarse entre las velas,
y estremecer sus telas

con perpetuo temblor, aunque veloces
a escapar se apresuran.
¡Oh, cuán mal aseguran
los marineros sus desnudas plantas!
Al cielo te levantas
y bajas al abismo, oh frágil nave,
cual leve pluma, o cual peñasco grave. [...]
¡Tú, imagen de mi padre, que me incitas
a contender con el furor del hado,
consérvate a mi lado!,
que aunque, monstruo voraz, el mar profundo
me sepultare en su interior inmundo,
contigo el alma volará hacia el cielo,
libre y exenta de este mortal velo.

BIBLIOGRAFÍA LITERATURA SIGLO XVIII

AGUILAR PIÑAL, F., *Bibliografía fundamental de la Literatura Española. Siglo XVIII*, S.G.E.L., Madrid, 1976

El teatro y la poesía del siglo XVIII, La Muralla, Madrid, 1973

La prosa del siglo XVIII, La Muralla. Madrid, 1973

ANDIOC, R., "Introducción" a la edición de la *Raquel* de Vicente García de la Huerta, Castalia, Madrid, 1971

"Teatro y público en la época de *El sí de las niñas*", en *Creación y público en la Literatura Española*, Castalia, Madrid, 1974

Teatro y Sociedad en el Madrid del siglo XVIII, Fundación Juan March, Castalia, Madrid, 1976

ARCE, J.: "Rococó, neoclasicismo y prerromanticismo en la poesía española del siglo XVIII", en *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, núm. 18, Oviedo, 1981, pp. 447-477

La poesía del siglo ilustrado, Alhambra, Barcelona, 1981

BUENO, G.: "Sobre el concepto de *ensayo*", en *El Padre Feijoo y su siglo. Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, núm. 18, v.11, Oviedo, 1966, pp. 89-112

CARBALLO PICAZO, A.: "El ensayo como género literario", en *Revista de Literatura*, V, 1954, pp. 93-156

CASALDUERO, J.: "Forma y sentido de *El sí de las niñas*", en *Estudios sobre el teatro español*, Gredos, Madrid, 1972

CASO GONZÁLEZ, J., "La prosa en el siglo XVIII", en *Historia de la Literatura Española (siglos XVII y XVIII)*, Guadiana. Madrid, 1975

ELORZA, A., *La ideología liberal en la Ilustración Española*, Tecnos, Madrid, 1970

FERRERAS, J. I., *La novela en el siglo XVIII*, Taurus, Madrid, 1988

GARFÉR, J. L., *El siglo XVIII*, Cíncel, Madrid, 1981

GLENDINNING, N., *Historia de la Literatura Española. El siglo XVIII*, Ariel, Barcelona, 1973

Vida y obra de Cadalso, Gredos, Madrid, 1962

HERR, R., *España y la revolución del siglo XVIII*, Aguilar. Madrid, 1964

MANCINI, G., *El teatro del siglo XVIII entre razón y realidad*, Instituto de Cultura de la Diputación Provincial, Málaga, 1975

MARTÍNEZ GARCÍA, F. y RUBIO CREMADES, E., *Tres autores neoclásicos: Cadalso, Jovellanos y Moratín*, Cíncel, Madrid, 1981

RÍOS CARRATALÁ, J. A., *Vicente García de la Huerta (1734-87)*, Diputación Provincial, Badajoz, 1987

ROSSI, G. C., *Leandro Fernández de Moratín. Introducción a su vida y su obra*, Cátedra, Madrid, 1974

RUIZ RAMÓN, F., *Historia del teatro español. (Desde sus orígenes hasta 1900)*, Gredos, Madrid, 1965

SARRAILH, J., *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, Méjico-Buenos Aires, 1957

SAZ, A. del, *La tragedia y la comedia neoclásica*, Vergara, Barcelona, 1968

SEBOLD RUSSEL, P., "Introducción" a su edición de *Fray Gerundio* del Padre Isla, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), Madrid, 1960

"Introducción" a su edición de *Visiones y visitas* de Torres Villarroel, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), Madrid, 1966

El rapto de la manta. Poesía y poética dieciochesca, Prensa Española, Madrid, 1960

Torres Villarroel y las vanidades del mundo, Archivium, Madrid, 1950

VV. AA., *II Simposio del padre Feijoo y su siglo*, Cátedra Feijoo, Oviedo, 1981